

Armando Palacio Valdés y la civilización de su tiempo: la sensibilidad de un novelista

GUADALUPE GÓMEZ-FERRER MORANT

INTRODUCCIÓN

Cuando el profesor Ruiz de la Peña me invitó a participar en este Congreso sobre Palacio Valdés, debo confesar honestamente, que además de agradecer su invitación, me sentí tentada por el tema. Era en el mes de junio, en esa época en que —verano a la vista y harto trabajo pendiente— no se quieren adquirir compromisos fuera de los previstos. Ahora bien, por una parte, la época de la Restauración es un período que me apasiona y sobre el que he trabajado mucho; y por otra, mi relación con la literatura de ese período —especialmente con la novela realista— ha sido muy estrecha, ya que desde el comienzo de mi vida académica he utilizado la fuente literaria muy frecuentemente. Como es bien sabido, la tesis doctoral imprime carácter, y yo la dediqué precisamente al análisis y estudio de la obra de Palacio Valdés desde el punto de vista de un historiador.

Es por ello, por lo que, además de agradecer vivamente la invitación del profesor Ruiz de la Peña, acepté encantada la oportunidad que se brindaba de participar en el I Coloquio Internacional que se celebraba sobre este escritor asturiano. Ahora bien, al pensar acerca de los aspectos concretos sobre los que debía reflexionar en mi conferencia, habida cuenta que soy historiadora, decidí hacer unas consideraciones acerca de cómo aparece la civilización de la época de la Restauración en la obra

de Don Armando, sin omitir cuál es la posición que toma el autor ante ella.

Comenzaré pues precisando lo que entiendo bajo el término civilización; me referiré luego a la oportunidad de la fuente literaria para acercarse no ya a un tema de historia social, sino de historia sociocultural como es el que vamos a tratar; intentaremos, después, acercarnos al hombre de carne y hueso que fue Palacio Valdés —tierra, familia y formación intelectual— para terminar refiriéndonos a media docena de los mensajes o «discursos» que juzgo más específicos de este autor.

I. SOBRE EL CONCEPTO DE CIVILIZACIÓN

Habremos de comenzar, pues, por precisar el significado que damos a esta palabra, ya que es un concepto este, el de la civilización, que aparece y desaparece de la historiografía europea del siglo XX, y no siempre con el mismo significado.

En el caso de la historiografía española, y desde que Rafael Altamira publicara su *Historia de España y de la civilización española*¹, el término ha sido objeto de diversas consideraciones, y en no pocas ocasiones se ha visto desplazado o solapado por el de «cultura»².

En España, y gracias al prestigio de Altamira, la importancia de la historia de la civilización se mantuvo hasta los años treinta. Es entonces cuando el magisterio de Ortega, claramente orientado hacia el pensamiento germánico, impondrá de nuevo el predominio del concepto cultura. Respecto a la vigencia de ambos términos en el seno de nuestra historiografía, bueno será que acudamos a unas certeras palabras de Caro Baroja que señalan cuál era el estado de la cuestión a la altura de 1952: «Tómese en un sentido o en otro, debemos reconocer que la palabra

1 ALTAMIRA, R., *Historia de España y de la civilización española*. Barcelona. Librería Juan Gili. 1890–1911. 4 vols. recientemente se ha reeditado esta obra con un Prólogo de José María Jover y un Estudio introductorio de Rafael Asín. Madrid. Crítica. 2001.

2 En la última década Jover ha reivindicado, al menos en tres ocasiones, la utilización de la palabra civilización para referirse a determinados aspectos de la historia. Véase JOVER ZAMORA, J.M., *La civilización española a mediados del siglo XIX*. Madrid. 1992. *Historia y civilización*. Valencia. 1997. Y también en «Hacia una inflexión en la historia de las relaciones internacionales». Discurso pronunciado en ocasión de la entrega del XIV Premio Internacional Menéndez Pelayo. Santander. Universidad Internacional Menéndez Pelayo. 2000.

civilización hoy tiene mayor amplitud conceptual y más escasa vigencia que la palabra *cultura* (...). Indicaremos, sin embargo, que durante todo nuestro siglo XIX, la palabra *civilización* ha sido la más divulgada en nuestro país»³. Buena prueba de ello la encontramos en Miguel de Unamuno en 1903, en un artículo titulado «Contra el purismo»: «Épocas y países clásicos son aquellos en que una perfecta correspondencia entre la civilización y la cultura produce una perfecta adecuación entre el fondo y la forma de cada una de sus manifestaciones. Llamo aquí civilización al conjunto de instituciones públicas de que se nutre el pueblo oficialmente, a su religión, su gobierno, su ciencia y su arte dominantes, y llamo cultura al promedio del estado íntimo de conciencia de cada uno de los espíritus cultivados»⁴.

La diferencia o semejanza, la relación entre ambos términos había sido pues planteada, pero debemos a Norbert Elías la reflexión acerca de la sociogénesis de ambos términos. En su obra *El proceso de la civilización*⁵, señala Elías la conveniencia de utilizar el «término civilización» —transformación del concepto de «civilité» en el de «civilisation» bajo la influencia de Erasmo⁶— de una forma específica. Con esta finalidad establece unas precisiones conceptuales, sin perder de vista la trayectoria de ambas tradiciones en las diferentes ámbitos nacionales: «El concepto francés e inglés de «civilización» puede referirse a hechos políticos o económicos, religiosos o técnicos, morales o sociales, mientras que el concepto alemán de «cultura» se remite sustancialmente a hechos espirituales, artísticos y religiosos, y muestra una tendencia manifiesta a trazar una clara línea divisoria entre los hechos de este tipo y los de carácter político, económico y social. El concepto francés e inglés puede referirse a las realizaciones, a los logros, pero también se refiere a la actitud, a la *behaviour* de los seres humanos, con independencia de si han realizado algo o no. Por el contrario, en el concepto alemán de «cultura» prácticamente ha desaparecido la referencia a la *behaviour*, esto es, a los valores que pueda tener un ser humano, por su mero existir y su mero com-

3 CARO BAROJA, J., «Cultura», en *Diccionario de Historia de España*. Madrid. Revista de Occidente. 1955. vol. I. Apud. Jover Zamora, *op. cit.*, pág. 322.

4 UNAMUNO, M. de, «Contra el purismo», en *Viejos y jóvenes*. Madrid. Espasa Calpe. 1980. 60 ed.

5 ELÍAS, N., *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid. Fondo de Cultura Económica. 1987

6 ELÍAS, N., *op. cit.*, pág. 110.

portarse, con independencia de sus realizaciones⁷. Subraya Elias que el término civilización utilizado por franceses e ingleses, a diferencia de cómo lo entienden los alemanes, hace referencia a los comportamientos humanos, aun prescindiendo de las realizaciones a que éstos llevan, y añade que el concepto de cultura no entraña ninguna referencia a los comportamientos⁸.

En España desde los años cincuenta, tanto por influencia e la escuela de *Annales*, cuya revista se titulaba *Économies, Sociétés, Civilisations*, como por la influencia de la escuela historiográfica impulsada por Vicens tras 1950, se producirá la reanudación de una línea de investigación que se sitúa en la estela de la «historia de la civilización». Las manifestaciones historiográfica concretas no apelaron sin embargo a este concepto, cuyo significado estaba por esas fechas, al igual que el de «cultura», bastante indefinido. Aquellas investigaciones deudoras de Vicens, que se referían a un amplio abanico de relaciones humanas, de actitudes, de comportamientos, etc., quedaron englobadas bajo el de «Historia social» y no bajo el epígrafe de Historia de la civilización

Jover, en un breve estudio de 1992 se aplica a reivindicar el concepto de «historia de la civilización» con un sentido diferenciado, aunque íntimamente vinculado al de «historia social». Plantea este autor que es precisamente cuando termina el análisis de una sociedad en sí misma, y la investigación se adentra en el conocimiento de las costumbres, las mentalidades, las formas de vida, las corrientes de psicología colectiva o las maneras en que cada sociedad o grupo social refractan una determinada concepción del mundo, cuando se está accediendo a «otro nivel» de lo social «caracterizado por la presencia de la vida humana en todas sus manifestaciones»⁹. Es esto precisamente, lo que conviene encuadrar dentro de la historia de la civilización, que, pese a su desaparición de la tradición historiográfica española vuelve a abrirse paso en nuestros días, si bien a veces con un significado algo distinto¹⁰.

7 ELÍAS, N., *op. cit.*, pág. 58

8 Refiriéndose a la civilización escribe Elías: «El concepto designa una cualidad social de los seres humanos, su vivienda, sus maneras, su lenguaje, su vestimenta, a diferencia del término «cultural» que no se refiere de modo inmediato a los hombres, sino exclusivamente a ciertas realizaciones humanas», *op. cit.*, pág. 58.

9 JOVER ZAMORA, J.M., *La civilización española...*, *op. cit.*, pág. 335.

10 *Culturas y civilizaciones*. III Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Valladolid. 1998.

Por nuestra parte, adoptamos el término de «civilización» aplicado a la historia en el sentido en que lo utiliza Jover; y en este sentido, podríamos concluir afirmando que «los términos de la historia de la civilización comienzan allí donde los logros de una cultura y los perfiles y manifestaciones de una concepción del mundo encarnan en una sociedad, conforman una conciencia colectiva, experimentan la diversificación y refracción de contenidos que corresponde a su implantación sobre capas sociales, mentalidades y formas de vida diferenciadas, y orientan o deciden determinadas actitudes, conductas o comportamientos»¹¹.

A seis núcleos temáticos se refiere Jover, como índices para conocer la historia de la civilización o el nivel de la civilización de una sociedad en un período determinado: a los marcos geográficos, espacios y vida material; al tiempo y las formas de vida; a la proyección de unas instituciones o estructuras de poder sobre la vida de una sociedad; a la mentalidad; a la presencia en la sociedad de una concepción del mundo, y a la moral social y los comportamientos¹².

En esta ocasión indagaremos sobre alguno de ellos, a partir de la fuente literaria que hemos seleccionado: la obra de don Armando Palacio Valdés.

II. LA FUENTE LITERARIA

La oportunidad del uso de la fuente literaria para el conocimiento histórico, y más concretamente, para el conocimiento de la historia de la civilización, es algo que ya reclamó a comienzos del siglo XX, Rafael Altamira¹³, si bien, es necesario advertir, que actualmente su valor y su utilización dentro de la historiografía es enteramente distinto, ya que no nos referimos a que la historia de la literatura, la historia del arte o la historia de la economía formen parte de la historia, sino que hoy en día apelamos a esas fuentes, para reconstruir ciertos sectores de lo histórico que anteriormente apenas habían interesado al historiador. En los últimos años se ha producido un giro de ciento ochenta grados en lo que se refiere a la utilización de los textos literarios; como muy recientemente ha señalado la profesora López-Cordón «de ser una fuente considerada secundaria, cuyo valor científico se cuestionaba en relación con cual-

11 *Idem.*, págs. 347–348.

12 Véase JOVER, J.M., *La civilización española...*, *op. cit.*, pág. 350.

13 ALTAMIRA, R., *Historia de la civilización española*. Barcelona. 1902.

quier otro tipo de documento, las nuevas tendencias historiográficas están insistiendo en que su correcto tratamiento y estudio los convierten en clave para la interpretación del pasado»¹⁴.

Por su parte, Claudio Magris se ha referido a lo mucho que puede aportar la literatura para el conocimiento de los modos de vivir y sentir de una sociedad: «la filosofía y la religión formulan verdades, la historia indaga los hechos, pero, como observa Manzoni, sólo la literatura —el arte en general— dice cómo y por qué los hombres viven esas verdades y esos hechos; cómo en la existencia de los individuos, los universales que éstos profesan se mezclan con las cosas pequeñas, mínimas e ínfimas con las que está concretamente tejida su existencia; cómo las verdades filosóficas, religiosas o políticas se entrelazan con las esperanzas y los miedos de los hombres, con sus deseos y temores mientras envejecen y mueren (...) La historia cuenta los hechos, la sociología describe los procesos, la estadística proporciona los números, pero no es sino la literatura la que nos hace palpar todo ello allí donde toman cuerpo y sangre en la existencia de los hombres»¹⁵.

Para el historiador de hoy, la fuente literaria no constituye «un complemento», una «ilustración» o una parte de la historia, sino una cantera insustituible e imprescindible para adentrarse en las motivaciones más profundas que están en la base de las creencias, de las ideas y de los comportamientos sociales.

En la actualidad, nadie discute el valor de la fuente literaria como fuente histórica; por otra parte, puede afirmarse, que su importancia aumenta considerablemente cuando la época analizada posee una literatura que hace de la observación del entorno uno de los fundamentos de su credo estético. Tal es el caso de la novela del Realismo y del Naturalismo, y por tanto de la obra de Palacio Valdés. Por lo demás, es evidente que el proceso seguido por el historiador será distinto del seguido por el crítico literario, por el lingüista o por el historiador de la literatura, porque obviamente es distinto el objetivo que se propone.

Los historiadores buscan en la obra literaria el testimonio vivo de una sociedad, convencidos de que el autor refleja y recrea en su obra las creencias, las ideas, las mentalidades, los problemas y las tensiones del

14 Véase LÓPEZ-CORDÓN, M^a V., en el «Prólogo» a la reedición de la obra de J.M^a Jover Zamora, *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*. Madrid. CSIC. 2003. pág. 19.

15 MAGRIS, C., *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de modernidad*. Barcelona, Anagrama, 2001. págs. 24–25.

mundo que le es contemporáneo desde su propia posición y perspectiva; perspectiva que unas veces se manifiesta directamente —a través del narrador, de los personajes, del argumento o del desenlace— y otras se transmite casi involuntariamente al recurrir, para crear sus mundos de ficción, a los elementos y factores de que dispone el propio autor en la vida real. Nos referimos, por ejemplo, a las informaciones que la novela ofrece acerca de la disposición de la casa, de la morfología de la ciudad, de la indumentaria, de los rituales sociales, de las diversas formas de relación entre los grupos y entre los sexos, y de tantas facetas de la vida cotidiana de los hombres y mujeres de una época.

El autor puede reflejar el mundo entorno, pero sobre todo expresa su percepción del mismo. Una percepción que a través de sus obras de creación es devuelta a la sociedad que toma conciencia de unas realidades que podían haberle pasado inadvertidas, y que puede incluso, a partir de esa toma de conciencia tratar de organizarse de diversa manera. En suma, el texto da cuenta y organiza.

La literatura es, sin duda, desde este punto de vista, una fuente imprescindible e insustituible para el conocimiento del clima político, ideológico o religioso en que se desarrolla la vida cotidiana, la vida privada o la historia de las mujeres... Dos ejemplos pueden ayudar a explicitarlo. Por una parte, es indudable que el afán de ascenso social que se manifiesta en la España de la Restauración puede ser cuantificado y analizado en casos concretos a partir de las fuentes fiscales o de los archivos de protocolo. Pero no es menos cierto, si queremos tener un modelo de referencia que ayude a entender el itinerario global del ascenso con el conjunto de actitudes sociales, económicas, éticas que éste conlleva, que más que recurrir a un modelo teórico, el historiador hará bien en recurrir a ciertos modelos que ofrece la literatura de la Restauración. Así por ejemplo, *Torquemada* de Galdós, *La espuma* de Palacio Valdés o *Arroz y tartana* de Blasco Ibáñez son novelas que constituyen espléndidos retablos en donde puede apreciarse el conjunto de cambios que conlleva este proceso. Cambios que, como la vida misma, aparecen atravesados por el temor, la ambición, la pasión, es decir, por los complejos mecanismos que mueven los comportamientos personales. Por otra parte el papel que la sociedad atribuye a las mujeres, y en consecuencia, los prestigios o las descalificaciones que su comportamiento determina en la percepción social de sus contemporáneos, aparece perfectamente recogido en las obras de ficción. Para aprehender la valoración social que recibían las mujeres del último cuarto del siglo XIX, nada mejor que recurrir a

Maximina o a *El cuarto poder* de Palacio Valdés, a *Lo prohibido* de Pérez Galdós o a *La Montálvez* de Pereda. Y también la novela puede ayudar a aprehender como se encarnan en una sociedad la denuncia de determinadas actitudes que se asocian al buen comportamiento femenino, o los momentos y de cambio. Recordemos, por ejemplo *Insolación* o *Doña Milagros* y *Memorias de un solterón* de Doña Emilia Pardo Bazán.

En suma, la fuente literaria puede resultar de gran ayuda, si se busca un acercamiento a la civilización de una época determinada; de gran ayuda para adentrarse en una serie de temas que, historiográficamente, bien pueden encuadrarse dentro de la historia sociocultural.

Para Chartier acercarse a la historia de la cultura supone una forma de aproximarse a la sociedad; cree Chartier que existe una estrecha relación entre historia social e historia cultural, y que la «representación», por medio de la cual las personas y los grupos dotan de sentido al mundo, constituye una excelente la vía de acercamiento a la realidad. Por este camino se deja de lado la primacía de lo social para dar importancia a lo mental, y se transita desde la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social¹⁶.

Hasta fechas bien recientes ha existido un debate abierto entre los historiadores que privilegian el estudio de lo social a través de los hechos y de las experiencias de la vida diaria y aquellos otros que, como hacía Duby, se inclinan por la lectura de los textos que refieren las experiencias y los sentimientos de las gentes de una época. El problema, que ahora se ha planteado entre los historiadores, es el cuestionamiento del enfoque sociológico que ha venido primando en los estudios de historia, influidos por las ciencias sociales, en favor de una orientación más cultural que se acogería a las disciplinas del lenguaje. En sus numerosos escritos Chartier ha respondido a las críticas de diferentes historiadores que, habituados a una determinada manera de entender la historia social que se centra fundamentalmente en el estudio de la vida vivida, tienen dificultades para comprender los objetos de estudio que son propios de la historia cultural. Ésta, dicen, al estar abocada al estudio de los discursos y las representaciones, descuida la historia concreta y real de los procesos, de los conflictos y de los comportamientos sociales concretos, y por ello se acusa de idealismo a los historiadores que «abandonan el mundo real por el mundo ficticio de las representaciones». Para algunos historiadores esta crítica evidencia, sin embargo, una pobre idea de lo

16 CHARTIER, R., *El mundo como representación*. Barcelona, Gedisa, 1992. págs. 53–56.

real; Chartier, por ejemplo, se interroga por qué es correcto pensar que son menos reales «las representaciones que fundan las percepciones, los juicios, que gobiernan las maneras de decir y hacer» que «los procesos, los comportamientos o los conflictos concretos a los que se refieren los historiadores como realidad»¹⁷.

Obviamente no es ocasión de adentrarse en estas cuestiones, pero sí de establecer unas mínimas referencias que den cuenta del título de este artículo, que también podríamos llamar, «los discursos de Palacio Valdés».

Utilizando pues la fuente literaria, me propongo dar cuenta de la existencia de unos temas, de unas determinadas actitudes, de unas formas de vida y de un conjunto de reacciones encarnadas en los personajes que aparecen en los mundos de ficción valdesianos; actitudes y reacciones que son la expresión de la percepción que tiene don Armando de su propio mundo. Se trata de la percepción de un novelista, de un intelectual en el más amplio sentido del término¹⁸, que muestra especial interés y sensibilidad ante una serie de cuestiones que impregnan su horizonte vital; cuestiones, por lo demás, que pone en pie desde sus propios prejuicios, es decir, desde sus propias circunstancias personales. A partir de estas consideraciones, conviene tener presente que Palacio Valdés escribe en un tiempo concreto, marcado por un horizonte cultural específico, y desde una concreta situación personal y autobiográfica. Ambas irán cambiando a lo largo de los más de 60 años en que escribe el novelista. Por tanto bueno será comenzar, acercándonos al hombre que fue Armando Palacio Valdés.

III. ARMANDO PALACIO VALDÉS: EL HOMBRE, ANTES QUE EL NOVELISTA

1. *Sus primeros años y vivencias.*

Fue Palacio Valdés un asturiano hasta lo más profundo de su ser, y aunque gran parte de su vida la pasara fuera de su país natal, su obra artística ha quedado profundamente marcada por la impronta del terru-

17 CHARTIER, R., *Escribir las prácticas: discurso, práctica, representación* (ed. de I. Morant). Valencia. Cátedra Cañada Blanch de Pensamiento Contemporáneo. 1998, pág. 125.

18 SERRANO, C., «El nacimiento de los intelectuales: algunos replanteamientos», en C. SERRANO (ed.), *El nacimiento de los intelectuales en España*, en *Ayer*, n1 40. Madrid. Marcial Pons. 2000.

ño. En su producción se ha querido ver muchas veces una muestra de literatura regional, y ello no sólo porque sus páginas recojan el paisaje, las costumbres o el lenguaje de su patria chica, sino por algo más hondo que no afecta a lo externo sino a la manera de ser, propia de la región, a lo que pudiéramos llamar el alma de ésta¹⁹.

Asturias es para don Armando algo entrañable, sentido y vivido en toda su complejidad y riqueza de matices. En 1878, en la «Revista Europea», antes de iniciar su carrera novelística, se refiere al paisaje asturiano y a los hombres de su tierra:

«Allí vive un pueblo que trabaja como las acémilas y medita como los filósofos; un pueblo espiritual y sensible que come pan y maíz, que ve fantasmas y duendes por la noche, que muere en el campo de batalla por una idea, que tiembla en presencia del escribano, un pueblo sensato, paciente, melancólico, que sería muy poeta si estuviese mejor alimentado, que posee cual ningún otro la virtud de no decir ‘esta boca es mía’»²⁰.

Y junto a la tierra, la familia. El estatus socioeconómico, las concepciones religiosas, las ideologías y las mentalidades del medio en que se nace son elementos que deben tenerse en cuenta para determinar la identidad del individuo. Don Armando procede de una rica familia de clase media. Su abuelo materno, según nos refiere él mismo, fue militar que luchó contra la Convención y se retiró de joven a sus tierras; era «hombre extremadamente aficionado a la vida de aldea, propietario ordenado y honrado»²¹. De ascendencia hidalga, dedicaba su vida, que repartía entre Avilés y Entralgo, al cuidado de sus tierras. Muerto pocos meses antes de nacer don Armando, no pudo influir directamente sobre él; sin embargo, el sistema de relaciones familiares y patriarcales percibido por el autor en Entralgo eran indudablemente las mismas que su abuelo había mantenido.

La familia de su padre es evocada con extraordinaria simpatía en *La*

19 BAQUERO GOYANES, M., «La literatura narrativa asturiana», en *Revista de la Universidad de Oviedo*, VII. 1953. pág. 83.

20 Muchos de los artículos publicados en la «Revista Europea» fueron recogidos posteriormente en tres obras: *Los oradores del Ateneo*, *Los novelistas españoles. Semblanzas literarias*, y *Nuevo viaje al Parnaso. Poetas contemporáneos*. El presente texto pertenece a *Los novelistas...*, publicado en *Obras Completas*. Madrid. Aguilar, vol II. pág. 1169.

21 PALACIO VALDÉS, A., *La novela de un novelista*. Madrid. Librería de Victoriano Suárez. 1921.

*novela de un novelista*²². De su abuelo paterno heredó un intenso amor a la región asturiana, un espléndido equilibrio y un espíritu optimista, rasgos que constituyen caracteres específicos del novelista.

Sus padres son también evocados por el propio autor. Don Silverio Palacio, abogado, comenzó a ejercer la profesión con gran brillantez en Oviedo; profesión que abandonará al casarse para marchar a Avilés, donde reside la familia de su mujer. Recuerda el novelista que su padre, don Silverio, era un hombre de constitución fuerte y robusta, despreocupado en el vestir, de viva imaginación de «memoria felicísima» y «espíritu observador», que poseía una gran facilidad de palabra. Era, un hombre sencillo y espontáneo, que dedicaba gran parte de su tiempo al trato social, y aunque por su sólida posición económica —era el primer contribuyente de la comarca— y su gran simpatía gozaba de gran ascendiente e influencia, prefería pasar inadvertido. Amable, cariñoso, indulgente con todos, fue especialmente tolerante con sus hijos a los que educó en un sano ambiente de libertad. Su talante liberal se manifestaba no sólo en el ambiente familiar, sino en el trato con las personas de distinta orientación política²³. Religioso y católico practicante, fue hombre de gran inteligencia y extraordinaria sensibilidad; sensibilidad en la que procuró educar a sus hijos desde la primera infancia.

Su madre, doña Eduarda Rodríguez Valdés, fue una mujer débil de cuerpo pero enérgica de carácter; era activa y alegre por temperamento, y no gustaba de la soledad. Por ello seguramente, la casa de los Palacio se encontraba siempre concurrida, especialmente en las tertulias nocturnas. Se refiere don Armando a la influencia familiar cuando afirma que hicieron mucha más mella en él los consejos bondadosos y cachazudos de su padre que las recriminaciones maternas.

Don Armando fue el mayor de una familia de tres hermanos, de los cuales apenas hay referencias en su obra. Nació en Entralgo, pequeña aldea perteneciente al concejo de Laviana, lugar familiar en el que precisamente había nacido su madre²⁴. La infancia del futuro novelista transcurre en Avilés, si bien pasa los veranos en Entralgo. La experiencia

22 *Idem.*, pág. 220

23 *Idem.*, pág. 127.

24 Esta casa, tras muchos años de abandono, ha sido restaurada y convertida en el Centro de Interpretación Armando Palacio Valdés.

vividas en este «auténtico paraíso», —como él mismo lo califica— serán recogidas en sus novelas de ambiente campesino.

Pero, como acaba de señalarse, Palacio Valdés pasa la mayor parte de su infancia en Avilés, ciudad que inmortalizará en su segunda novela, en *Marta y María*. Al comenzar la adolescencia, a los doce años, marcha a Oviedo a casa de su abuelo paterno, para cursar el bachillerato. Allí inicia sus brillantes estudios, tiene sus primeras aventuras amorosas, y se manifiesta su gran curiosidad intelectual; su interés por la filosofía, la historia, la crítica, la ciencia social... De entonces data, según confiesa el propio autor esa doble tendencia que, en su óptica, parecía orientarle hacia el mundo científico: «Jamás soñé en mi adolescencia, ni en los primeros años de mi juventud con los laureles del poeta: pensaba que había nacido para hombre de ciencia»²⁵.

En Oviedo conoce a Tuero y a Clarín, y allí le sorprende la revolución del 68. En un principio, no tomará parte en ella, si bien luego se integrará en un club revolucionario, del que será expulsado al poco tiempo junto a sus dos amigos por declararse, todos ellos, republicanos unitarios en vez de federales²⁶.

En octubre de 1870 marcha a Madrid para iniciar su vida universitaria en la facultad de Derecho. En la capital se aloja en diferentes casas de huéspedes —cuya experiencia recogerá en sus novelas—, y acude a diversas tertulias en las que se reunían intelectuales de la época, que discutían acerca del nuevo horizonte cultural. Muy famosa fue la de la Cervecería Inglesa y Escocesa, denominada el «Bilis Club» por lo animado y vivo de sus discusiones²⁷.

Durante sus años universitarios, se convierte en asiduo lector en la biblioteca del Ateneo, donde pasa ocho o diez horas diarias, y a los veintún años es nombrado Secretario de la Sección de Ciencias Morales del mismo. Durante esos años, importantes años en la vida política y cultural española, participa en la fundación de *La Cacharrería*²⁸ y redacta

²⁵ *La novela de ..., op. cit.*, p 252.

²⁶ *Idem.*, pág. 285.

²⁷ Véase FRANCOS RODRIGUEZ, J., *Fotografías olvidadas del Bilis-Club*, en «Blanco y Negro». 23 de febrero de 1919.

²⁸ *La Cacharrería* fue desde sus comienzos un lugar de reunión en el que se dialogaba e intercambiaban ideas. Azaña se refiere a ella de señalando que era «el centro vital del Ateneo»; y continúa, allí «el ingenio se desborda, la ciencia despliega su vuelo de águila sin ostentación pedantesca; se miente para pasar el rato, se murmura sin mordacidad, se hace política sin trascendencia, y finalmente se arregla

varios artículos para la «Revista Europea», nacida en 1874; esta revista era, tal vez, la más importante en aquel momento. El interés que despertan sus artículos le vale, a la edad de 22 años, la dirección de la misma. Y será a partir de entonces, cuando Palacio Valdés, se oreinte definitivamente hacia la literatura en detrimento de lo que él creía su auténtica vocación: la filosofía.

2.— *Su horizonte ideológico*

La biografía de don Armando es larga: 1853–1938; y por tanto, el novelista es testigo de la sucesión de diferentes corrientes ideológicas, estéticas y filosóficas. No es momento de dar cuenta de ellas, pero sí nos parece oportuno hacer una breve referencia a la actitud que mantuvo ante el horizonte cultural en que comienza su vida intelectual. Conscientes, y esto conviene subrayarlo, de que el novelista fue especialmente sensible al movimiento de las ideas de todo orden, y que a veces fue pionero de las mismas en nuestro país²⁹.

Palacio Valdés fue seducido por la doctrina krausista, y aunque no formó parte del círculo más restringido del institucionismo, es evidente la simpatía con que habla de sus miembros; en este sentido resulta muy significativa su asistencia al acto inaugural de la Institución Libre de Enseñanza, con cuyos puntos de vista coinciden sus artículos publicados en la «Revista Europea». Palacio Valdés cree en la regeneración de España, y presagia en la recién fundada Institución, «uno de los focos más poderosos de luz que tendrá nuestra oscurecida nación» donde «la ignorancia (que) nos ahoga y humilla, es la rémora más formidable que se opone al perfeccionamiento de nuestras formas políticas»³⁰.

También la narración de la revolución del 68 hecha en *La novela de un Novelista*³¹ nos autoriza a pensar que comparte con Giner de los Ríos

el mundo y se pone orden al universo entre sorbos de café y dos chupadas de cigarro». Véase la revista *Gente Vieja* de 20 de marzo de 1903, recogida en M. AZAÑA, *Artículos de Gente Vieja. Tardes madrileñas. II El Ateneo*. en O.C. pág. 48. También en R.M de LABRA, *El Ateneo de Madrid*. 1906.

29 Especialmente significativos resultan al respecto, los prólogos de *La hermana San Sulpicio* o de *Los majos de Cádiz*. También en el capítulo XIII de *La espuma* da muestra de su sensibilidad ante los problemas que padece el mundo obrero, denunciando la injusticia de que es objeto, precisamente en un momento en el los novelistas de su generación no habían incorporado este tema a sus mundos de ficción.

30 Véase «Apuntes críticos», en *Revista Europea*, 5–XI–1876.

31 En la *Novela de un novelista* alude al derrocamiento de Isabel II que tuvo lugar en el claustro de

la idea de que las malas maneras han comprometido «la suerte de la revolución, ha desprestigiado su triunfo y ha alejado violentamente de las nuevas ideas, a individuos y masas enteras que han reputado estas ideas como inseparables de la grosería, violencia y pésimos modales que la han acompañado»³². En fin, la semblanza que hace de Azcárate en la «Revista Europea»³³, le permite mostrar su entusiasmo por el hombre nuevo preconizado por los institucionistas, hombre que para él encarna don Gumersindo Azcárate. Y tal vez no sea ajena a esta admiración el título de una obra, escrita ya de su vejez, *Testamento literario*, —explicación y justificación de sus ideas—, inspirado a nuestro juicio, en la *Minuta de un testamento*.

Por otra parte, hay que tener en cuenta también, el peso que tenía en el comienzo de la Restauración, el pensamiento tradicional de abolengo estamental; un pensamiento integrista, basado en la intransigencia³⁴, que en el ámbito político se decantaba por la estrecha unión entre el trono y el altar³⁵. Palacio Valdés no puede compartir estas ideas. Militante de un cristianismo liberal, que tiene por fundamento la caridad, el futuro novelista considera el pensamiento tradicional como una rémora para el progreso de la sociedad. La crítica hecha a *El árbol de la vida* de Abdón Paz en la «Revista Europea»³⁶ es buen exponente de este pensamiento, ya que aunque el artículo aparezca personalizado, el autor deja muy claro que los fallos que se le imputan no son referibles a este autor, sino comunes a la corriente de pensamiento en la que él milita. Crítica Pala-

la Universidad de Oviedo; recuerda: «no les seguí. Aquel espectáculo me causó extrema repugnancia. Si alguien lo atribuye a un espíritu estrecho y reaccionario se equivocará. Ya he dicho que sonaba grato en mis oídos el grito de (Abajo las testas coronadas!, y añadido que la libertad, la igualdad y la fraternidad me tenían por entero subyugado, pues entonces no sabía cuántas cositas sucias se pueden esconder debajo de estas palabras bellas. Me repugnaba tal espectáculo, sencillamente, porque encontraba poco galante arrastrar a una señora amarrada». Véase *La novela de...*, *op. cit.*, pág.276.

32 GINER, F., *Spencer y las buenas maneras*.

33 «D. Gumersindo de Azcárate», en *Revista Europea*, 17 de junio de 1877.

34 Esta corriente tiene un magnífico exponente en la obra de F. SARDÁ y SALVANY, *El liberalismo es pecado*. Barcelona. Librería y tipografía católica. 1885. Sobre este tema puede verse en G. GÓMEZ-FERRER MORANT, «Las clases acomodadas», en *Historia de España Menéndez Pidal*, dirigida por José María Jover Zamora, *La época de la Restauración (1875-1901)*, vol. XXXVI**. Madrid. Espasa Calpe. 2002. págs.262-266.

35 Su expresión política se manifestará en el carlismo, pero gran parte de su mensaje quedará incorporado al pensamiento conservador cuando aquél se escinda a comienzos de los años ochenta.

36 «Apuntes Críticos», en *Revista Europea*, 22 de abril de 1877.

cio Valdés la superficialidad de sus fundamentos filosóficos y científicos, cuya profundización rehuyen por miedo a caer en la heterodoxia, y denuncia asimismo, el fanatismo de unos pensadores que, en apoyo de sus ideas, utilizan citas de escritores racionalistas sacándolas de contexto y desvirtuando su significado. Finalmente, les acusa también finalmente de ignorancia por no haber incorporado los estudios bíblicos que se han realizado en Alemania, y por pretender que la teología monopolice los distintos campos de la ciencia, invalidando sus magníficos adelantos.

En el mismo tono se expresa en su conferencia en el Ateneo sobre el P. Sánchez³⁷, al que califica de «polemista escabroso», «defensor del Antiguo Régimen», «que por medio de intencionadas burlas e incesantes sarcasmos pretenden inculcarnos el amor de Dios y del prójimo. Dura crítica de Palacio Valdés a la actitud adoptada por unos católicos que tan poco consecuentes se muestran, a pesar de su ortodoxia a ultranza, con el espíritu de la doctrina evangélica. En fin, el escritor asturiano rechaza igualmente la postura mantenida por la Iglesia en política; una postura que defiende la estrecha conexión con el poder, al tiempo que lamenta la actitud de la Iglesia en la polémica entablada entre la ciencia y la metafísica, ya que, esta actitud, acentúa su intransigencia sin llegar jamás al fondo de los problemas. Como en otras tantas ocasiones, Palacio Valdés hace constar que las observaciones hechas a propósito del padre Sánchez no son referibles al carácter personal del orador sino a las «tradiciones de la escuela en que milita»³⁸.

En cuanto al positivismo, tercera corriente que preside el horizonte cultural de comienzos de los años setenta, Palacio Valdés mantiene una actitud llena de distinguos. La permeabilización de la cultura española por el pensamiento positivista que tiene lugar durante los primeros años setenta, se efectúa principalmente, como expresa el mismo Azcárate, por medio de una doble vía: a través de las ciencias naturales y a través del neokantismo³⁹. El resultado será una inflexión del pensamiento español que se manifestará en la sustitución de la mentalidad idealista y romántica, por otra de corte positivista, hecho que incidirá claramente en los distintos sectores de la vida española: en el político, en el social y en el filosófico.

37 Véase «Don Miguel Sánchez», en *Los oradores del Ateneo*, en *Obras Completas*, Madrid. Aguilar, 1952, pág. 1142.

38 *Idem*.

39 NÚÑEZ, D. *La mentalidad positiva en España*. Madrid. pág.34.

En el ámbito de la filosofía el positivismo choca con la metafísica idealista y con el pensamiento tradicional. Del choque de estas tendencias dan cumplida idea los debates que tienen lugar en el Ateneo madrileño durante el curso 1875–1876, así como los cursos organizados en el mismo por la Sección de Ciencias Morales y Políticas, y por la Sección de Ciencias Físicas y Naturales⁴⁰. El resultado será una primacía indiscutible de la nueva filosofía, cuya influencia se dejará sentir claramente sobre aquéllos, determinando una clara positivación de la corriente krausista que se orientará por la vía pedagógica a través de la Institución Libre de Enseñanza.

Palacio Valdés no acepta el positivismo en bloque, sino filtrado por el neokantismo del krausismo. De hecho su talante tiene mucho de común con los krausistas: religiosidad profunda, respeto y amor hacia el hombre, hacia la libertad, hacia el libre examen. Y todo ello encarnado en una actitud militante de protesta y regeneración, que encontrará un espléndido cauce de expresión, tanto a través de los artículos y conferencias de los años setenta, como de su amplia obra novelesca. Precisamente la manera elegida por don Armando para novelar: la realista y naturalista, es la manifestación del positivismo en el ámbito literario. Sin embargo respecto a otras manifestaciones en el orden político, social o filosófico, el autor mostrará un claro distanciamiento.

En suma, durante los años de su estancia en Madrid, el joven provinciano que se instala en la capital con una curiosidad y una sensibilidad sin límites hacia un mundo que por su efervescencia contrasta vivamente con su tranquilo medio de procedencia, va adquiriendo conciencia crítica frente al mundo que le rodea.

Ante la restauración canovista, Palacio Valdés mantiene unos reflejos de desconfianza y escepticismo que no deja de manifestar en sus artículos de la «Revista Europea». En ellos surge el hombre ya hecho, ganado por las ideas alumbradas en el 68, y muy influido por los planteamientos apolíticos y eticistas del institucionismo con el que, como ya hemos señalado, le unieron lazos de viva simpatía. El Palacio Valdés que escribe en la «Revista Europea» en el segundo lustro de la década de los setenta, antes de iniciar su carrera novelística, apenas ha sido estudiado. Sus actitudes en estos años, podrían resumirse en la postura que traducen sus artículos: simpatía incondicional por una democracia auténtica cu-

40 Véase LABRA, R.M., *El Ateneo de Madrid. Sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir*. Madrid. Imp.de Aurelio. 1878. pág.169.

yos líderes mantengan una coherencia entre pensamiento y conducta; repudio de las posiciones extremas que suelen traicionar la identidad de las ideas conductoras; recelo ante unos políticos más interesados en su propio prestigio que en las necesidades ciudadanas; amor incondicional a la verdad y denuncia de la hipocresía esté donde esté; adhesión a una fe fundada en la caridad y denuncia de un catolicismo ritualista cuajado de restricciones mentales; crítica en fin, de un sistema, el de la Restauración que juzga regresivo y obra de hombres mediocres. En sus artículos se dan cita las dos Españas: la tradicional y ultamontana, alicorta, hipócrita y crispada; y la que ha dado paso el Sexenio democrático: racionalista y optimista. Don Armando toma partido incondicional por esta última a la altura de 1878. Es necesario advertir, también, su repliegue posterior hacia posturas más conservadoras. Es significativo que el autor suprime, al publicar, muchos años después, la recopilación de sus artículos, aquellos que tenían más hierro en cuanto a la denuncia de cuestiones religiosas o políticas⁴¹.

Veamos a lo largo de su novelística como percibe la realidad española y como se manifiesta o evoluciona su propia postura personal.

IV. EL DISCURSO DE PALACIO VALDÉS

Imposible, por razones obvias, hacer un vaciado de la obra valdesiana. Por ello, centraremos nuestra atención únicamente en media docena de temas que se repiten a lo largo de su producción. La insistencia en ellos puede deberse a mi juicio, fundamentalmente a dos razones: o afectan ostensiblemente al funcionamiento de la vida política, social y cultural de España, o sin ser ajenos a ésta, están arraigados en motivos o sentimientos personales y constituyen referentes de su propia vida del escritor. Entre los últimos se encuentran el mundo campesino y el papel social de la mujer; y entre los primeros hay que referirse al quehacer de los políticos, a la tensión social y familiar que la manera de entender la religión ocasiona en la vida cotidiana y en la vida privada, a los efectos a que está conduciendo el desconocimiento de los principios en que se fundamenta la revolución liberal, esto es, al atropello de la dignidad de la

41 Para ver estas omisiones es necesario confrontar los artículos publicados por Palacio Valdés en la *Revista Europea* entre 1876 y 1878 con la recopilación posterior publicada con el título de: *Los oradores del Ateneo. Los novelistas españoles. Semblanzas literarias y Nuevo viaje al Parnaso. Poetas contemporáneos.*

persona, y finalmente a la postura de la Iglesia ante la ciencia moderna que no sólo viene a coartar el desarrollo científico sino a plantear graves problemas personales.

Trataremos de ver cómo enfoca Palacio Valdés estas cuestiones y qué postura adopta ante ellas. Enfoque y postura que irán cambiando, al menos, en función de dos variables: la evolución de la situación histórica y la propia trayectoria biográfica. Conjugando esos dos factores, podemos aproximarnos a los cambios que se producen en la civilización española. Cambios que, por supuesto, no pueden cuantificarse ni siquiera explicitarse con nombres propios, pero que el historiador debe detectar a través de la percepción de un intelectual, que se hace eco de unas cuestiones que pone en pie; unas cuestiones que, al encarnarse y tomar vida en sus mundos de ficción permiten o, mejor, favorecen que la sociedad tome conciencia de ellas. La influencia social de la novelística valdesiana será tanto más amplio y eficaz cuanto más resonancia y divulgación alcance su obra.

La curiosidad y la sensibilidad de don Armando se mantendrán vivas a lo largo de toda su vida, pero los años y la crisis personal que experimenta en los años noventa y que resuelve concretamente en 1899⁴², así como el desarrollo del mundo obrero que amenaza la seguridad de las clases medias, marcarán una inflexión en su producción. Una inflexión que se manifiesta en una anestesia de sus reflejos sociales, cosa, por otra parte, bien lógica, si tenemos en cuenta que en 1923, don Armando cumple 70 años. Aun así, lo que llama poderosamente la atención es el interés que mantiene por algunas cuestiones, que resuelve en sentido más conservador. En este sentido, tal vez sea necesario matizar sus ideas acerca del papel social de las mujeres, tema para el que muestra una sensibilidad más acorde con los tiempos modernos.

Es momento de hacer unas breves reflexiones acerca de las cuestiones a que me he referido anteriormente.

a) La política

En algún artículo publicado en la «Revista Europea» y en cuatro novelas de los años ochenta: *El señorito Octavio*, *Riverita*, *Maximina* y *El cuarto poder*, y en otra de 1924: *La hija de Natalia*, el novelista astu-

42 Véase G. GÓMEZ-FERRER, «Palacio Valdés en los años noventa: la quiebra del positivismo», en *Clarín y la Regenta en su tiempo*. Oviedo. 1984, págs. 1064–1066.

riano hace una durísima crítica del sistema político vigente en España. Aunque algunas de estas novelas se desarrollan en el Sexenio, los hechos son fruto de las propias experiencias del escritor, experiencias vividas durante la Restauración, a pesar de que en los mundos de ficción, los hechos aparezcan descolocados en el tiempo, en un afán de rehuir el compromiso político⁴³. Dos temas atraen fundamentalmente el interés del novelista, la política electoral y el falseamiento del sistema parlamentario.

En *El señorito Octavio*, don Armando relata la campaña electoral en un distrito rural, y señala la distinta actitud de los dos candidatos enfrentados. Por una parte, el conde de Trevia, representante del partido conservador, y por otra, Homobono Pereda, intelectual krausista que lidera el partido republicano federal. El novelista pone de manifiesto la identificación de la Iglesia con el sector conservador, así como la visión esquemática, un tanto maniquea, que este partido tiene de su adversario —al que sumariamente califica de «chusma insolente»—, que sólo pretende «destruir las dos cosas más hermosas que los hombres han poseído jamás: el culto a la divinidad y esa sublime magistratura de los siglos que se llama poder real»⁴⁴. Palacio Valdés explicita el falseamiento del juego democrático por parte del partido conservador, que recurre a la presión de los que tienen el poder económico sobre sus subordinados para coaccionarles en una determinada dirección, y que utilizan en su favor la gran autoridad de la Iglesia. Por medio de tres cartas, el autor explicita el mecanismo de la campaña electoral. La primera es de un político local, don Primitivo Alonso —comprometido con la causa conservadora acaudillada por el conde de Trevia— a un sobrino que reside en París y —controla— «tiene votos» en dos distritos⁴⁵. La segunda la escribe el Provisor de la diócesis al cura de La Segada, y en ella amenaza con suprimir misas en determinados lugares si no votan al conde⁴⁶. La

43 . El profesor BARBERIS, de la Universidad de Burdeos, en una conferencia sobre *Madame Bovary*, dada en el Instituto Francés de Madrid en la primavera de 1978, subrayaba la significación que adquiere la presencia o ausencia de fechas en una obra literaria. Señalaba Barberis que la omisión indica un claro propósito por parte del autor, de desengancharse del compromiso político. Desde esta perspectiva cabe preguntarse si la distorsión cronológica a la que don Armando recurre en sus novelas puede ser considerada como expresión de una clara intención apolítica del escritor.

44 PALACIO VALDÉS, *El señorito Octavio*. Madrid. Victoriano Suárez. 1921. pág. 161.

45 *Idem.*, pág. 196

46 *Idem.*, págs. 197–199.

tercera pertenece a Homobono Pereda, el candidato republicano federal; Homobono da cuenta a un amigo madrileño de la corrupción que inevitablemente lleva aparejada la política, así como los injustos y descalificadores ataques personales de que está siendo objeto por parte de la Iglesia⁴⁷.

La postura de Palacio Valdés es muy significativa; junto a su repulsa del grupo reaccionario, se evidencia una admiración personal, tal vez una identificación con el grupo republicano. Admiración hacia las ideas; pero admiración que se refracta a través de un amplio recurso humorístico ante la enrevesada terminología filosófico-jurídica del candidato de la izquierda. El programa de éste último pone de manifiesto el eticismo y el idealismo de los intelectuales a la par que explicita su incapacidad para tomar las riendas de la vida política⁴⁸.

El segundo tema político abordado por el escritor es el funcionamiento del sistema de la Restauración en el ámbito nacional, provincial y local. La descripción del marco sociopolítico de un pequeño distrito es presentado en *Maximina* y en *El cuarto poder*⁴⁹. Palacio Valdés se refiere al gobernador civil, portavoz de Madrid, señala la perniciosa influencia de la prensa polarizada en los intereses de cada uno de los partidos de la localidad, cuya escasa diferencia ideológica pone de manifiesto, y subraya, la subordinación de ambos, fundamentalmente, a sus propios intereses personales⁵⁰. La política local aparece como cosa privada más que como algo público y comunitario, y se convierte en el campo más adecuado para dirimir las contiendas personales. La autoridad no se emplea en beneficio de los ciudadanos, sino con objeto de aplastar al contrario⁵¹.

El engranaje entre Madrid y el distrito aparece magistralmente presentado en *Maximina*⁵², en esta obra el autor no sólo se refiere a los costes que la corrupción del sistema político, supone en el ámbito de la vida pública, pero también pone de relieve el sufrimiento y a los transtornos que comporta en el ámbito personal y familiar, esto es, en la vida priva-

47 *Idem.*, págs. 199–200.

48 *Idem.*, págs. 262–265.

49 Véase PALACIO VALDÉS, A., *Maximina*, cap. XXI–XXII, y *El cuarto poder.*, cap. XV.

50 PALACIO VALDÉS, M., *Maximina*. Madrid. Lib. de Victoriano Suárez. 1942. 16ª ed. págs. 280–281.

51 PALACIO VALDÉS, *El cuarto poder*. Madrid. Librería de Victoriano Suárez. 1922. pág. 223.

52 Véase caps. XXI–XXII.

da⁵³. El ambiente preelectoral es siempre de agitación y de intriga. cada candidato promete cargos a sus seguidores y promueve la destitución de sus adversarios⁵⁴. Se utilizan diversos mecanismos, pero el resultado no depende de la voluntad de los electores sino de las órdenes emitidas desde Madrid⁵⁵.

Finalmente en *La hija de Natalia*⁵⁶, el autor hace una crítica implacable de la vida parlamentaria: denuncia su corrupción, su cinismo y su hipocresía, y pone de relieve la incapacidad de regeneración del sistema. Mucho antes de escribir estas novelas, el escritor había dejado en las páginas de la Revista Europea su percepción de la vida política y de los hombres que a ella se dedicaban. Para Palacio Valdés, la política es una profesión en la que no cuenta la competencia, ya que en su óptica, la política «tiene todo el aspecto de una correría, de una algarada a través de los fértiles campos del presupuesto (...) El que a ella se dedica, prescinde casi en absoluto de la vida del ciudadano, desconoce las necesidades del país porque no las ha sentido⁵⁷. Muy duras resultan estas palabras del escritor asturiano, pero a ellas se atienen los personajes que encontramos en su obras con la sola excepción de Sixto Moro⁵⁸.

En *La hija de Natalia* y en *Maximina*, don Armando aborda el tema de la posible integración de la clase media en el mundo de la alta política; pero en su óptica, la integración resulta imposible porque la clase media, encarnada novelísticamente en Miguel Rivera y en Sixto Moro, se niegan a abdicar de la ética de su grupo de procedencia, y por ello resultan víctimas del sistema. En consecuencia se hace imposible la regeneración política y ética.

La posición de Palacio Valdés es bien clara. El escritor, proviene del mundo de las clases medias, su formación le ha consolidado como un intelectual liberal, hostil al régimen instaurado por Cánovas, muy sensibilizado —como veremos— a la cuestión social que se plantea para-

53 *Maximina*, op. cit., pág. 295.

54 *Idem.*, págs.283–284.

55 Es significativo el telegrama que le muestra el gobernador para darle cuenta del resultado de las elecciones: «Candidato oficial Don Miguel Rivera. Diputado Don Manuel Corrales», *Maximina*, op. cit., pág. 294.

56 Publicada en 1926.

57 PALACIO VALDÉS, A., «Los oradores del Ateneo. Don José Carvajal», en *Revista Europea* (1877), n1 169, pág. 631.

58 El padre de la protagonista de *La hija de Natalia*.

lamente al desarrollo económico que se está produciendo en España. Ahora bien, el escritor, tras los sucesos de los años noventa no es capaz de integrarse en el socialismo y proponer una alternativa de poder. Por ello, como la mayor parte de los intelectuales de su época, resuelve el problema con una crítica teórica, doblada por una actitud personal de automarginación política y de apelación a la ética. Aquí tal vez, es donde podría buscarse una de las raíces del apoliticismo de buena parte de la clases medias en la transición de un siglo a otro, así como su orientación hacia el mundo campesino.

b) la cuestión religiosa

La postura religiosa de Palacio Valdés dejando aparte su niñez, algunas de cuyas impresiones le marcaron para siempre pasa por dos etapas. La primera viene caracterizada por una religiosidad interior, de carácter racional, pero un tanto disociada de las prácticas positivas. La segunda, tras la que él llama su conversión⁵⁹, está presidida por el encuentro con un Dios personal y más cristocéntrico. La figura de Germán Reinoso — protagonista de *Tristan o el pesimismo*, en 1906— es sumamente expresiva de este cambio. Ahora bien, conviene subrayar que su cristianismo, en una y otra etapa, fue siempre de signo liberador que para él no fue incompatible con la creencia en unos dogmas. Su pensamiento aparece bien explícito en un artículo escrito en 1877: « Si la fe ha de consistir (...) en acatar una concepción más o menos absurda que la voluntad impone a la razón sin permitirle examen ni investigación alguna (...) entonces no sólo debemos proscribir la fe, sino también aborrecerla como altamente nociva para el desarrollo y perfección de nuestro espíritu»⁶⁰.

Esta libertad interior de Palacio Valdés se pone de manifiesto en alguna de sus novelas. Recordemos a este respecto, la diferente postura que adoptan dos personajes masculinos creados por Galdós y Palacio Valdés, ante la mujer cuando ésta ha visto mancillado su honor, o incluso ha cometido adulterio. Agustín Caballero, el personaje galdosiano no será capaz de casarse con Amparo, tal y como había proyectado antes de conocer que el cura Polo ha vulnerado el honor de la joven; en cambio,

59 GÓMEZ-FERRER, G. «Palacio Valdés en los años noventa: la quiebra del positivismo», en *Clarín y La Regenta en su tiempo* (Actas del simposio internacional). Oviedo. 1984. págs. 1064–1066. También, Carta a Clarín, de 12 de noviembre de 1899, en *Epistolario a Clarín*. Madrid. Escorial. 1946.

60 «Apuntes Críticos», en *Revista Europea*, n1 165, 22 de abril de 1977.

Tristán perdonará a Elena, su mujer, a pesar de ésta haya cometido adulterio ⁶¹.

El escritor asturiano es consciente de la existencia de un problema religioso en el seno de la sociedad española, no porque el catolicismo encuentre la oposición de otras creencias, sino porque un sector del catolicismo, los integristas, han desvirtuado el mensaje evangélico y rechazan y marginan a un sector de la sociedad que, aun siendo cristiana, no puede aceptar el estrecho horizonte que le ofrece la Iglesia ⁶².

La inquietud religiosa del autor y su talante católico inconformista subyace a toda su obra. Un inconformismo que no tiene un carácter polémico, sino que adopta una posición de denuncia. Entre sus novelas las hay de tema esencialmente religioso como *Marta y María* y *La fe*, pero generalmente, este tema no constituye el eje principal de las novelas sino que informa el obrar de sus personajes. De las primeras, las que se centran en el tema religioso, nos ocuparemos posteriormente; de las segundas, conviene señalar que este tema se hace presente al hilo de la trama a través del comportamiento y de las actitudes de algunos personajes, ya clérigos ya seglares definidos por su catolicismo. Se trata de casos aislados que a veces no tienen excesiva importancia en sí mismos, pero que, en conjunto, sirven para configurar un ambiente en el que si bien se advierte la hondura y omnipresencia de lo religioso —como ocurría en la sociedad española de la época— se echa también de menos, con harta frecuencia, su falta de autenticidad.

La gran mayoría de las figuras clericales —exceptuemos tal vez algunos curas rurales— y de los tipos laicos que hacen ostentación de su fe, se mueven en un clima de hipocresía, de inautenticidad y de falta de espíritu evangélico. Y en todas ellas se advierte la primacía de las formas y los ritos sobre los contenidos. La importancia concedida al rito y a la liturgia y el olvido de unos principios morales que deben informar la conducta personal y social queda evidenciada en la obra de Palacio Valdés. El autor no fustiga se limita a presentar unos comportamientos al hilo de la trama novelesca, que tal vez, —a diferencia de lo que ocurrió

61 Véase PÉREZ GALDÓS, B., *Tormento*, caps. 30–40. Y en PALACIO VALDÉS, A., *Tristán o el pesimismo*. Madrid. Librería de Victoriano Suárez. 1922. cap. XXII.

62 La contraposición hecha por el escritor en 1877 entre el talante de Gumersindo de Azcárate —hombre íntegro e intachable— y la figura del clérigo egoísta y glotón —estampa que, por lo demás, debía responder a una realidad bastante corriente—, evidencian bien esta incoherencia difícil de aceptar. Véase «Don Gumersindo Azcárate», en *Revista Europea* (1877), n1 173.

con sus novelas esencialmente de tema religioso— no levantaron la indignación de la opinión pública. La novelística palaciovaldesiana consideradas desde esta perspectiva viene a explicar el indiferentismo y aun el anticlericalismo de buena parte de los varones de las clases medias, y de manera muy clara el de los intelectuales.

Por otra parte, es sabido que, entre otras razones, el integrista hizo inviable la existencia de un catolicismo liberal, y fanatizó en cierta medida a un sector de la sociedad española que, de alguna manera quedó maniqueamente escindido en dos grupos: los buenos y los malos⁶³. Algunos novelistas de la época se muestran especialmente sensibles a este tema y encarnan, a mi juicio, en sus universos de ficción el tema de las dos Españas en el seno de la relación de una pareja de enamorados⁶⁴. Palacio Valdés lo plantea en *Marta y María*, y lo personifica en una pareja de novios constituida por Ricardo y María. Ella simboliza la España tradicional que en la obra se manifiesta por su afeción al carlismo; él en cambio muestra su adhesión al gobierno de la República. La actitud de María a pesar de la buena voluntad, del respeto y de la entrega de Ricardo hacia ella —la buena disposición de la España liberal, parece ser el mensaje valdesiano— imposibilita la relación, porque la muchacha llega en su obcecación a hacerle propuestas que atentan a la ética y muestran una total ausencia de espíritu cívico. Ante la intransigencia y obcecación de María, el novelista no ve otra solución que la separación y la ruptura de la pareja, y la reclusión de la protagonista en un convento. Es decir, la margina de la vida española, lo que viene a significar que, el autor percibe la España reaccionaria como un lastre para el normal funcionamiento de la vida del país.. Termina la novela casando a Ricardo con Marta, mujer de «espíritu firme» y de «temperamento sano y equilibrado»⁶⁵, lo cual supone una apuesta por el futuro. A nuestro juicio, esta opción supone, por parte del novelista, una apuesta por el futuro.

El tema de la Iglesia como estructura de poder, aparece en *El señorito Octavio*. La Iglesia ha perdido gran parte de su poder económico y gran parte de su autoridad de cara a los medios urbanos, pero conserva ínte-

63 En el contexto de una sociedad en la que lentamente iba arraigando el liberalismo, solo había dos opciones: o bien la Iglesia española se orientaba por un catolicismo liberal al estilo del que estaba apareciendo en algunos lugares de Europa, o bien se encastillaba en sus posiciones y trataba de apuntalar sus principios escolásticos y constantinianos. Y esto fue lo que ocurrió. Véase LÓPEZ MORILLAS, J., *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*. Mexico. 1956. págs. 146 ss.

64 GÓMEZ-FERRER MORANT, G., «Las clases acomodadas», *op. cit.*, págs. 694–696.

65 *Maximina*, *op. cit.*, pp. 288 y 299.

gro su prestigio en el seno de los medios rurales y entre la clase dirigente que recurre a ella como pilar que apuntala su respetabilidad. Desde este punto de vista *La espuma* resulta altamente significativa⁶⁶.

En *El señorito Octavio*, la Iglesia con el fin de mantener el poder y defender la religión «de una sociedad impía», busca la alianza con el poder conservador. Ahora bien, en esta supuesta defensa, la Iglesia vulnera las más elementales normas de caridad cristiana al desconocer la dignidad de la persona, al presionar las conciencias, al coartar la libertad, al involucrar cuestiones de carácter espiritual con otras de carácter temporal⁶⁷. Esta preocupación excesiva por lo temporal que se manifiesta en la Iglesia, la encarna el novelista en la actitud de varios eclesiásticos. Algunos de ellos hacen de su profesión un medio de promoción personal. Recordemos a Celesto, el seminarista de *El idilio de un enfermo*, o a don Sabino, el capellán de *La hermana San Sulpicio*, tan servil hacia el poder constituido del que cabe esperar ascensos y prebendas. Es frecuente también la figura del cura terrenalizado bien a través de su preocupación por las propias cuestiones materiales —el párroco de Riofrío en *El idilio de un enfermo*; el cura de Peñascosa en *La fe*; el capellán del colegio de la Merced, don Juan Vigil, en *Riverita* y tantos y tantos otros—, bien a través de su deseo de poder material, y mucho más a menudo, en el uso de un poder espiritual que se ejerce a través del dominio de las conciencias: el P. Narciso en *La fe*; D. Benigno en *El cuarto poder*, o el P. Ortega en *La espuma*. Salvo en contadas ocasiones⁶⁸, lo que don Armand subraya en el clero de sus ficción es la falta de espiritualidad, de vida interior y muy especialmente la frecuente marginación de la dedicación pastoral y caritativa que corresponde a su magisterio.

En fin en *La espuma* Palacio Valdés presenta la estrecha unión entre la vieja nobleza inmovilista y el clero, al tiempo que subraya ironizando la aproximación que se establece entre la nueva elite burguesa y la Iglesia. La nueva burguesía en una sociedad con fuertes pervivencias

66 Véase la Introducción crítica de G. Gómez-Ferrer Morant, a *La Espuma* de A. Palacio Valdés. Madrid. Castalia. 1991; especialmente, págs.54-60.

67 Estas actitudes poco evangélicas de la Iglesia se encuentran presentes en distintas novelas del último cuarto del siglo XIX. Recordemos, por ejemplo, el capítulo XXI de *Gloria* de B. Pérez Galdós, o los capítulos VI y XVIII de *Los pazos de Ulloa* de E. Pardo Bazán.

68 Recordemos fundamentalmente a tres personajes eclesiásticos: D. Tiburcio (*Sinfonía pastoral*), D. Norberto y el padre Gil (*La fe*). En ellos precisamente encarna el escritor aquello que considera esencial del cristianismo: la caridad.

estamentales necesita de una respetabilidad que sólo puede proporcionarle la Iglesia. Y así lo deja bien explícito don Armando al referirse a la necesidad de la presencia en los palacios de la reciente burguesía o nobleza de nuevo cuño⁶⁹.

c) *El enfrentamiento ciencia fe*

La Iglesia durante la Ilustración no acepta el paradigma de la modernidad, queda aferrada a posturas defensivas, y así permanecerá durante el siglo XIX⁷⁰. En España, a mediados los años setenta se plantea la polémica ciencia—fe que encuentra en la obra valdesiana una espléndida manifestación en *La fe*, a través del enfrentamiento entre el librepensador don Álvaro Montesinos y el P. Gil. En esta obra, el autor denuncia la débil formación teológica que se imparte en el seminario⁷¹, y ve en ello una clave que ayuda a comprender que el clero se muestre incapaz de asumir y entender los cambios políticos, económicos, sociales y culturales que se están produciendo en España; un clero que, en buena parte de su obra, no es capaz de tener una postura crítica y constructiva. Antes bien opta por la descalificación, la marginación y el desprecio del que discrepa, y no sigue las orientaciones eclesiásticas.

En *La fe*, el padre Gil encarna una figura evangélica, que precisamente por su amor al prójimo y a la verdad, intenta aproximarse a don Álvaro, el intelectual librepensador marginado por la sociedad levítica de Peñascosa. Es evidente que el sacerdote carece de los recursos intelectuales adecuados para la empresa que se dispone a abordar. Carece, en contraste con don Álvaro, de la formación filosófica y científico—natural necesaria para la discusión con un representante del mundo moder-

69 Basta recordar el diálogo entre el duque de Requena y su esposa, mujer de las clases medias: «Tu no estás tan mala como te figuras.)a qué viene eso de rodearte de curas como si fueras a morirte?. –)Los curas no hacen falta mas que cuando uno se muere?. – Sí –le responde el duque–, los curas son indispensables para dar respetabilidad a las casas [...] Sin un poco de paño de negro, los palacios recién pintados como éste chillan demasiado...Sólo que a la larga se hacen muy molestos...». Véase *La es-pauma*, *op. cit.*, págs. 355–356.

70 TORES QUIERUGA, A., *Creo en Dios Padre*. Santander. Sal terrae. 1992. 30 edición. págs. 15–45.

71 Los *Boletines Eclesiásticos* de la época son una buena fuente para conocer el conjunto de materias y el régimen de vida que se sigue en los seminarios. Véase. TORRÁS Y BAGÉS, J., *El clero en la vida social moderna*. Barcelona. 1888. También CUENCA TORIBIO, J.M., *Sociología de una elite de poder en España e Hispanoamérica: la jeraquía eclesiástica (1789–1965)*. Córdoba. 1976.

no. Y en consecuencia, el resultado de la experiencia será penoso para el sacerdote que verá peligrar en su empeño, aquello que había querido comunicar: su propia fe. Su máspreciado tesoro.

Es interesante señalar que el padre Gil no adopta como es habitual en buena parte del clero valdesiano, una actitud defensiva o paternalista, sino activa, llena de iniciativa y de esperanza a la que se ve impulsado por su propia caridad. Para el padre Gil la fe no constituye un impedimento que obstaculice el encuentro y el diálogo con la ciencia, pero en el plano novelesco el sacerdote pronto tomará conciencia de su falta de preparación.

Y esto es lo que a mi juicio quiere poner de manifiesto don Armando la incapacidad de la Iglesia para comprender y dialogar con el mundo moderno porque, como escribiera en 1877, la Iglesia favorece en los seminarios, una fe que se niega a la investigación, que desdeña la razón como vía de conocimiento, y se atrinchera en posturas cómodas por falta de valor «para acometer el estudio de los grandes problemas del alma» y, en cambio, prefiere entregar la razón «a la mollicie de una creencia que nos viene de fuera, sin esfuerzo alguno por nuestra parte»⁷².

d) El mundo obrero: de la denuncia de su indefensión al miedo a la subversión social

El mundo obrero está representado principalmente en la obra de Palacio Valdés por el minero. Aparece en tres novelas distintas, alejadas entre sí en el tiempo: *La espuma* (1890), *La aldea perdida* (1903) y *Santa Rogelia* (1926)⁷³. El cambio de orientación experimentado por el escritor al hilo de su vida adquiere en el enfoque del minero su mejor expresión. Ahora bien, junto al cambio que se ha producido en su orientación ideológica se observa también la evolución del mundo obrero en el contexto de la vida española.

En *La espuma*, el minero aparece aislado, silencioso en cierta manera marginado, confinado en su poblado industrial y explotado por la sociedad. Son hombres mudos, carentes de individualidad en los que se incuba el resentimiento y el odio hacia una burguesía que les niega su dignidad de personas. No hay reivindicaciones,

⁷² «Apuntes críticos», en *Revista Europea*, 22 de abril de 1877.

⁷³ En *La hija de Natalia* se hace una alusión fugaz que no vale la pena tener en cuenta en la presente ocasión.

pero sí existe un malestar y un antagonismo social. En esta novela hay momentos en que se percibe el odio silencioso que se va acumulando en el obrero y un temor que va creciendo en la burguesía. Pero en *La espuma*, aparecen unos obreros desindividualizados, ni un nombre siquiera; unos obreros sometidos a durísimas condiciones de trabajo y de vida, carentes de posibilidades para mejorar su situación. Pero los obreros no están politizados, ni cuentan con ninguna organización que respalde y defienda sus intereses. Queda claro, sin embargo, el fuerte resentimiento que va creciendo entre ellos; un resentimiento que constituye un foco de tensión social y de sorda lucha.

Otro tipo enteramente distinto es el minero de *La aldea perdida* publicada en 1903. En estas fechas, el socialismo ha dado al mundo obrero una cohesión de la que carecía anteriormente⁷⁴. Y, en consecuencia, en la obra de Palacio Valdés, los mineros dejan de ser hombres anónimos, para convertirse en otros de carne y hueso, con nombre propio: Plutón y Joyana; hombres con una indumentaria peculiar que les distingue del resto de la sociedad, hombres con una personalidad definida⁷⁵. El minero es presentado en esta novela como un hombre brutal, agresivo, blasfemo que no se asimila al comportamiento de la aldea, esto es al comportamiento de los campesinos, sino que mas bien al contrario, dificulta la convivencia pacífica. La navaja o la pistola sustituyen con facilidad a los palos de las reyertas aldeanas; y el abuso del alcohol y la violencia sexual se convierten en norma en sus relaciones con las jóvenes campesinas. Aparecen soeces, brutales, provocativos, hombres que siembran el terror y la intranquilidad a su alrededor⁷⁶.

El minero de *La aldea perdida* no está todavía politizado pero tiene conciencia de su poder; y si bien no piensa todavía en una revolución que le permita mejorar su estatus, sí da muestras de un comportamiento divergente. Creemos que lo que puede entreverse en esta novela valdesiana es la transformación de la sociedad agrícola por la influencia

74 Véase TUÑÓN DE LARA, M, *El movimiento obrero en la historia de España*. Madrid. Taurus. 1972. págs. 320 ss.

75 Leemos en *La aldea perdida* que se les reconocía «por sus boinas encarnadas, que contrastaban con las monteras puntiagudas de los mozos campesinos; se les reconoce aún más, por sus rostros macilentos, donde el agua no ha logrado borrar por completo las manchas del carbón (...) Hablaban entre sí y dirigían miradas insolentes y provocativas, a todos los que allí había. Parecían sentir un profundo desprecio por aquellos aldeanos y por sus juegos» Véase. Obras completas. *op. cit.*, págs. 1086–187

76 *Idem.*

de la explotación de la cuenca minera que rompe los moldes de la vida tradicional.

Santa Rogelia, escrita en 1926 aparece en un contexto histórico bien distinto al de 1890 o al de 1903. En Asturias será a partir de los años noventa cuando el socialismo comience a tener presencia viva. En la primera década del siglo XX, la tensión irá en aumento cristalizando en una serie de huelgas. Pero como ha señalado Erice, es en la segunda década cuando «los enfrentamientos sociales tienden a ahondarse⁷⁷. Y es precisamente esta transformación, esta permanente tensión social que preside la historia contemporánea asturiana, la que evoca Palacio Valdés en la primera parte de *Santa Rogelia*.

En esta novela el obrero actúa movido por el deseo de cambiar sus condiciones de trabajo y utiliza la huelga como arma de presión; la dureza de su vida y lo exiguo de su salario apenas le permiten alimentarse y vestirse. Por lo demás, el minero que asume el papel más destacado en esta novela, Máximo, queda muy cerca del tipo presentado en *La aldea perdida*, si bien en *Santa Rogelia*, se exageran sus aspectos negativos: insolente, provocativo, despótico, incapaz de mantener una vida familiar y social equilibradas⁷⁸. Dos aspectos conviene destacar de esta obra. Uno, la aparición de un arma nueva en manos del obrero: el recurso a la huelga. Otro, referible al propio autor; nos referimos al viraje de Palacio Valdés, muy claro ya en esta época, hacia posturas conservadoras. Recordemos que en *La espuma* denunciaba el comportamiento de la burguesía capitalista, mientras aquí se subrayan los vicios y defectos del minero, a la par que se tacha a los huelguistas de camorristas y holgazanes.

En fin a la altura de 1926, el obrero ya no aparece como víctima, sino como un elemento que siembra el desorden y desquicia la convivencia. No se indagan las causas de su rebeldía, ni menos aún se intenta justificar su postura, el autor, sin omitir su mala situación económica, elude ahora el planteamiento sociopolítico.

e) *El mundo campesino*

El predominio de la estructura agraria en la España de la Restauración es un

77 ERICE, F, «La sociedad» en D. RUIZ y otros, *Asturias contemporánea 1808–1875*. Madrid. Siglo XXI. 1981. págs. 267 ss.

78 El obrero que asume el papel más destacado en esta novela, Máximo, queda muy cerca de los mineros que aparecen en *La aldea perdida*; pero en esta novela se subrayan y se agrandan sus aspectos negativos: «reñía, gritaba por leves motivos y blasfemaba asquerosamente» [...] en la taberna se le temía y se le creía capaz de llegar al crimen»; había llegado incluso a maltratar a su esposa. Véase *Santa Rogelia*. Madrid. Imprenta Helénica. 1926. págs. 64 ss.

hecho incuestionable. El naturalismo que utiliza como materia novelable la realidad, se sentirá vivamente atraído por el tema campesino. Puede afirmarse que el descubrimiento de la región que en el ámbito político coincide con la aparición de los regionalismos, la atracción de la naturaleza y el legado costumbrista actuaron conjuntamente para favorecer el desarrollo de una serie de novelas en escenarios provinciales y rurales y convertir a los campesinos en héroes de la ficción. A esto último contribuirá también la ola de fisiocratismo que aparece a fines de siglo. La objetividad y la veracidad del mundo campesino que ofrece don Armando es harto discutible. En realidad, hay un claro propósito de idealizarla por parte del autor que conviene encuadrar en unas coordenadas históricas concretas⁷⁹.

A fines del siglo XIX, el desarrollo urbano visible en muchas ciudades españolas y europeas, faltas de sosiego, invadidas por el humo, el ruido y la locomoción, había llevado a una nostalgia de la naturaleza que, si entre los urbanistas cristalizó en una planificación de ciudades ajardinadas⁸⁰, en los novelistas, junto a las razones ya indicadas hubo de alimentar una poderosa corriente de literatura campesina⁸¹ en la que se encuentra siempre presente el binomio campo–ciudad. En estas novelas, la pureza campesina es esgrimida a menudo por el sector tradicional para oponerse al crecimiento industrial que amenaza con acabar con un mundo tradicional tanto en las costumbres como en los planteamientos ideológicos. Otras veces, prevalece el tratamiento naturalista y se pone en tela de juicio la bondad ingénita de la naturaleza⁸². En todo caso, lo que predomina en el último cuarto del siglo XIX en este tipo de literatura es la impostación de la salud y de la fortaleza sobre unos medios campesinos en contraposición a la vida contaminada, física y moralmente, con la que se presenta la urbe.

79 A esta cuestión nos hemos referido en *Apoliticismo y fisiocracia entre las clases medias españolas de comienzos del siglo XX*, en «Cuadernos de Historia moderna y contemporánea». Madrid. 1980, págs. 187–209.

80 TERÁN, F., *Historia del urbanismo en España*. Madrid. Cátedra. 1999. vol.III. MOURE, M.A., *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*. Madrid. COAM. 1991.

81 Corriente que hay que insertar en la ya clásica de Menosprecio de Corte y alabanza de aldea que está en la base de la literatura fisiocrática, y responde a la actitud de unos hombres que ante el desarrollo de la vida urbana se vuelven hacia la sencilla vida campesina. Noël Salomon señaló este fenómeno indicando que era una constante en la historia; este autor se refería al mundo clásico –Horacio y Virgilio– y al Renacimiento. SALOMON, N., *Recherches sur le thème paysan dans la «comedia» au temps de Lope de Vega*. Bodeaux. Féret & Fils, 1965. pág. 165. El fenómeno se repite a fines del siglo XIX cuando el crecimiento de las ciudades se convierte en un fenómeno que adquiere grandes repercusiones en el conjunto de la vida de un país.

82 Recordemos por ejemplo *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán, o *La barraca* de Vicente Blasco Ibáñez.

En la novela campesina de Palacio Valdés pueden encontrarse ambos planteamientos. Planteamientos que responden a factores de orden personal: su propia trayectoria biográfica, y de carácter histórico: la trayectoria del país. De hecho, puede establecerse una doble tipología en los campesinos valdesianos. En la primera aparecen subrayados los aspectos negativos de un labrador, esclavo de una vida difícil y dura que no tiene posibilidad de desarrollar su talento, y al que las circunstancias le hacen brutal y en ocasiones cruel. En la segunda etapa —las novelas del siglo XX—, el campo aparece idealizado.

En el último cuarto del siglo XIX sólo aparecen dos novelas de ambiente campesino: *El señorito Octavio* (1881) y *El idilio de un enfermo* (1882)⁸³. En ambas los personajes más significativos, Pedro y Tomás, están muy lejos de la idealización posterior. La naturaleza tiene un peso muy fuerte en Pedro, y lo instintivo salta por encima de las convenciones sociales llegando a consumar el adulterio con la condesa de Trevia. En cuanto al tío Tomás, padre de la protagonista de *El idilio de un enfermo*, su semblanza queda lejos de las idílicas situaciones que se encuentran en *Sinfonía pastoral*. Tomás es un hombre avaro y escéptico⁸⁴, que por dinero será capaz de sacrificar a su propia hija.

Pensamos que estos dos personajes, por su talante y por el marco en que se desarrolla su vida quedan más cerca de los modelos presentados por Pardo Bazán que de los creados por Pereda o de los ofrecidos por el mismo don Armando en el siglo XX. Decimos esto, porque Palacio Valdés ha sido alineado junto a Pereda en su enfoque de la vida campesina. No estamos de acuerdo, mas bien creemos que sus campesinos del siglo XIX se encuentran más cerca de los campesinos pardo-bazinianos —violentos y groseros, instintivos y pasionales, que no reparan en los medios a que hayan de recurrir para combatir su miseria—, que a los presentados por Pereda.

Hay que tener presente, sin embargo, que el viraje ideológico y literario de don Armando se aúna en dos novelas aldeanas posteriores: en *La aldea perdida* y en *Sinfonía pastoral*; en ambas se advierte un completo cambio en la presentación y enfoque en sus tipos campesinos. Enfoque que ha perdurado —son obras mucho

83 Más rural es desde luego *El idilio de un enfermo*, pero creo que podemos incluir *El señorito Octavio*, por la extracción rural de uno de los protagonistas, Pedro.

84 De Tomás escribe Palacio Valdés: «burlábase zafiamente de los curas, contaba acerca de ellos mil chascarrillos obscenos; no obstante, como todos los aldeanos, era supersticioso por más que lo ocultaba. Su donaire burdo y soez hería a veces, en lo vivo de las ridiculeces humanas; tenía un temperamento observador, cargado de malicia; bajo un exterior calmoso y frío se adivinaba un espíritu sagaz y travieso que había carecido de medios para desenvolverse». Véase *El idilio de un enfermo*. Madrid. Victoriano Suárez. 1921. pág. 112.

más conocidas que las primeras— y ha servido para encasillarle junto a Pereda, sin tener en cuenta el diferente carácter de sus obras anteriores que eran, precisamente, las contemporáneas de las del escritor santanderino. Además, queremos insistir en este punto, en ese juicio no se han ponderado las nuevas variables que intervienen en las novelas campesinas de Palacio Valdés, escritas en el siglo XX, y por tanto, muy posteriores a las del escritor santanderino.

La corriente fisiocrática que aparece en la literatura finisecular no es exclusiva de España⁸⁵ si bien en nuestro país es Palacio Valdés su más significativo representante. Pero no es sólo la crítica de la ciudad y la idealización del campo lo que subyace a toda esta corriente; en lo más profundo de la misma encontramos uno de los problemas que más angustiosamente preocupa a un sector de las clases medias españolas.)Podría el desarrollo capitalista canalizarse a través de la agricultura en vez de orientarse, como estaba ocurriendo, por la vía del desarrollo urbano e industrial que tan conflictivo estaba resultaba?

Y es precisamente en este contexto en el que podemos entender el problema que surge en *La aldea perdida*. El novelista plantea en esta obra el tema de la industrialización del valle promovida por sectores urbanos que desconocen la verdadera realidad agrícola de la comarca, y la encarnizada resistencia que a la misma opone una clase media rural. Una clase media rural representada en la novela por el militar retirado que posee alguna hacienda, por el hidalgo de escasos bienes y por el cura del pueblo. Y junto a ello en una posición irreductible se encuentran las mujeres de la aldea⁸⁶. De modo impresionista pero absolutamente claro, Palacio Valdés plantea a través de estos personajes el deseo de un sector de las clases medias a que el crecimiento capitalista siga unos derroteros distintos a los que sigue en el norte de la península. Y en esta línea, aboga por una mayor atención a la agricultura.

Pero junto a esta clase media precapitalista y rural, aparece en la novela otro sector de las clases medias de corte urbano que se muestra partidario de la urbanización⁸⁷. El divorcio entre ambos sectores de las clases medias en esta coyuntura

85 Recordemos a este respecto *La ciudad y las sierras* de J. M^o Eça de Queiroz.

86 Las mujeres campesinas «aparecían unánimemente adversas a la reforma. Aunque su espíritu. Su espíritu más conservador les hacía repugnar un cambio brusco. Luego, aquellos hombres de boina colorada y ojos insolentes y agresivos, que tropezaban por las trochas de los encinares, les infundían miedo». *La aldea perdida*, en OC., *op. cit.*, pág. 1094.

87 Antero, su más claro representante, expresa las razones de este sector, que aboga por un cambio en la economía; razones con las que parece identificarse Palacio Valdés: «Brindo —dice este personaje— porque en breve plazo quede desterrado del hermoso valle de Laviana ese manjar feo, pesado y grosero que se llama borona. No podéis imaginar con qué profunda tristeza he visto a los pobres labradores alimentarse con ese pan miserable. Entonces he comprendido la razón de su atraso intelectual, la lentitud de su marcha, la torpeza de sus movimientos, la rudeza de todo su ser (...). Procuremos todos, en la medida

aparece evidente. A los argumentos de carácter moderno y económico aducidos por el portavoz de esta última —don Antero— se responde con argumentos de índole tradicional, el entendimiento resulta imposible.

Es cierto que la postura de Palacio Valdés aparece un tanto contradictoria en una primera lectura. Pero su misma ambigüedad es un trasunto real de la ambigüedad en que se debatían ciertos sectores de las clases medias a comienzos de siglo. Por una parte, el novelista se identificará con las razones expuestas por Antero, ya que la industrialización había de comportar una mayor dignificación en el nivel de vida campesino; pero por otra, teme la existencia de un proletariado industrial que amenace el equilibrio del valle, así como el desmantelamiento de una mentalidad y de unas formas de vida que le son entrañables.

En fin, el tema, aparece en principio desconectado de las coordenadas en que se plantea la cuestión de los regionalismos. pero no por ello deja de ser hondamente significativo que don Armando dedique una novela, precisamente en 1903, a cantar las excelencias de su rincón asturiano.

En esta misma corriente de añoranza hay que encuadrar su otra gran novela campesina publicada en 1931: *Sinfonía pastoral*, que responde, pues, al esquema del binomio campo—ciudad, aunque aquélla sólo aparezca como referente. A pesar de que en esta obra se dan cita muchos de los personajes que habían aparecido en otras novelas anteriores⁸⁸, en esta obra se aprecian una serie de cambios respecto al tratamiento de sus personajes. De un lado, la aparición el financiero bueno; de otro, la desaparición del sacerdote indigno y el silencio de su crítica a la Iglesia y a los clérigos. Dentro de esta misma línea de refracción de reflejos sociales hay que señalar la disolución de aquel viejo frente contra la aristocracia, que aquí aparece diluida por la presencia de otros nobles, sin la connotación negativa de orden moral, tan propia del Palacio Valdés joven.

A nuestro juicio, el motivo fundamental de *Sinfonía pastoral* puede ser buscado en un doble plano. Por una parte, supone la manifestación de una mentalidad muy específica de ciertos sectores sociales que cuenta con sus fobias, con sus simpatías y con sus idealizaciones. Por otra, es la manifestación de una nostalgia personal,

de nuestras fuerzas, que pronto desaparezca de aquí, (...), que pronto se sustituya por el pan blanco de trigo. Con él, no lo dudéis, despertará la inteligencia, se aguzará el ingenio, crecerán los ánimos y, en fin, entrarán en el concierto de los hombres civilizados los habitantes de este país». *Idem.*, pág. 1085.

88 En esta novela vienen a anudarse situaciones y personajes familiares de la novelística anterior de Palacio Valdés. Esta repetición de personajes tan frecuente en Pérez Galdós, no es insólita en el novelista asturiano. Recuérdese la serie de *Riverita–Maximina*; *El origen del pensamiento*, o el enlace de *Maximina* con *La hermana San Sulpicio*. Pero se diría que aquí, más que de enlace cabe hablar de dependencia. Tal vez el anciano escritor de 78 años vive rodeado de viejos fantasmas familiares observados por él, o creados por su imaginación.

semejante al caso de *La aldea perdida*. El hombre ya viejo, instalado en su grupo social de elite —elite de orientación: Académico de la Española...— recuerda e idealiza su mundo asturiano, indiano incluidos. Todo es bueno aquí: el indiano financiero, el arzobispo aldeano, el noble rural, el cura pueblerino, el vástago tronado de una casa nobiliaria y, por supuesto, la Guardia Civil.

Pensamos que este conformismo y esta anestesia de reflejos sociales que se aprecia en *Sinfonía pastoral* proviene no sólo de un conjunto de hechos biográficos sino fundamentalmente de otra clase de factores. Nos referimos al proceso iniciado en la última década del siglo XIX y primera del XX: el cambio de reflejos sociales de unos sectores de las clases medias, a consecuencia de un conjunto de causas entre las que ocupa un lugar preferente el miedo al socialismo, al desorden. En este sentido, creemos que *Sinfonía pastoral* representa el más fiel trasunto de la mentalidad de un sector de las clases medias tradicionales —profesionales o rurales—, que dan por cancelada su demofilia de los últimos lustros del siglo XIX.

Esta interpretación ayudaría a explicar la posición que corresponde a este novelista y concretamente a esta obra a comienzos de la Segunda República. Ayudaría a entender el viraje entre el Palacio Valdés inconformista de los primeros años de la Restauración y la literatura romántica hacia a que se orientan las clases medias en los años treinta al estilo de Pérez y Pérez, muchos de cuyos rasgos creemos advertir en *Sinfonía pastoral*⁸⁹.

f) El papel de la mujer en la sociedad: de mujer doméstica a posible mujer pública

También en el tratamiento de la mujer se observa una inflexión a lo largo de la obra valdesiana. Pero en este tema, creemos que se opera más en el plano de la teoría y de los planteamientos ideológicos, que en la propia actitud del novelista en la vida cotidiana. Sin embargo, lo que interesa destacar ahora es la sensibilidad de Palacio Valdés también en esta cuestión, y su capacidad para captar la evolución del contexto histórico. En su obra encontramos una cumplida manifestación.

Don Armando fue siempre partidario de la mujer doméstica que, en su obra

⁸⁹ A pesar de que la obra tiene una explícita estructura musical, su contenido más que ajustarse a una sinfonía, es una trasposición de cuadros de zarzuela. La novela sobre todo, a partir de la tercera parte, ofrece una serie de escenas más o menos convencionales, que tienen como objeto presentar una vida aldeana idealizada, a un público lector urbano. Un claro elemento zarzuelero, el de la repatriación —la vuelta a la aldea tras larga ausencia, presente en *Gigantes y cabezudos*, en *Luisa Fernanda*, en *La tempestad*, en *El caserío*...— cobra en esta obra una honda significación: «la hija de Quirós abrigaba, sin manifestarlo, el deseo de ir a la casa donde había nacido su padre y habían vivido sus abuelos».

tiene un papel referencial⁹⁰. La mujer alma del hogar, responde a un arquetipo tradicional, «preindustrial» podría decirse incluso. De manera que si la sociedad de la Restauración tiene fuertes pervivencias del Antiguo Régimen⁹¹, es decir, tiene un carácter dual, en la que se mezclan hasta lo inextricable las viejas formas y maneras de una parte, y de otra las nuevas formas sociales y mentales que acompañan a la modernización, Palacio Valdés pretende hacer de la mujer, en el seno de la familia y del hogar, una especie de componente y testimonio de la vieja sociedad, a la que dota de un valor de permanencia como contrapeso y triaca para cuantos males y desequilibrios pueda traer consigo la nueva civilización. En ello Palacio Valdés se comporta, a nuestro juicio, como exponente de la mentalidad masculina que, si bien se manifiesta inconformista en política, anticlerical en materia religiosa, y liberal o demócrata en su talante colectivo, se muestra inmovilista en lo que afecta a cualquier mutación que pueda expresar un cambio en el comportamiento femenino. Buen exponente de esta mujer doméstica, «Ángel del hogar» en expresión de la época⁹² son Marta (*Marta y María*), Maximina (*Riverita-Maximina*), Cecilia (*El cuarto poder*)...

Pero don Armando no fue insensible al cuestionamiento que se produjo en España, en las últimas décadas del siglo XIX, acerca de la posición de la mujer en la sociedad. Y aunque en España no hay un movimiento sufragista, sí hay círculos minoritarios de mujeres⁹³, y también algunos varones institucionistas⁹⁴ que denun-

90 Véase a este respecto, GÓMEZ-FERRER MORANT, G., «Los arquetipos femeninos socializados por la novela realista» en *Hombres y mujeres: el difícil camino hacia la igualdad*. Madrid. Editorial Universidad Complutense de Madrid. 2002; especialmente, págs.39 ss.

91 A. MAYER en su obra *La persistencia del Antiguo Régimen*. (Madrid. Alianza. 1984) se refiere a las inercias que existen en el ámbito económico, político, social, ideológico hasta la segunda década del siglo XX. Aunque no hace referencia al mundo femenino, nos parece que es precisamente en este ámbito, donde las permanencias encuentran el mejor arraigo y la menor crítica.

92 Pilar Sinués publicó en «La Moda Elegante@ de Cádiz (1857) una serie de artículos que serían publicados en 1859 en un libro del mismo título. Libro que fue objeto de varias ediciones y que socializó este arquetipo femenino. Ahora bien, esta denominación procede de la literatura inglesa y difiere del modelo femenino difundido por Sinués que tiene mucho que ver con el de *La perfecta casada* de Fray Luis de León.

93 Hay que recordar, en este sentido, los Congresos Pedagógicos de 1882 y 1888, pero sobre todo el de 1892. En ellos intervienen diversas mujeres: Carmen Rojo, Dolores Sáiz, Concepción Arenal, Pardo Bazán... Pero sobre todo hay que destacar el esfuerzo de doña Emilia para que se rompan la serie de cortapisas que limitan la autonomía femenina. La escritora gallega no hablará de derechos políticos hasta 1915, pero desde los años ochenta aboga por el logro de la ciudadanía social. Véase PARDO BAZÁN, E., edición de G. Gómez-Ferrer, *La mujer española y otros escritos*. Madrid. Cátedra. 1999.

94 Véase A. POSADA, *Feminismo*. Madrid. 1899. Distingue este autor entre la condición legal y real de la mujer, es decir, entre lo que dicen las leyes y lo que de hecho, la sociedad admite. Y señala

cion la situación femenina y reclaman el derecho de las mujeres a la educación y al trabajo. El escritor asturiano, finísimo observador de su tiempo, se hará eco de estos planteamientos en *La alegría del capitán Ribot*, en 1899. En esta fecha el novelista, a través del diálogo de sus personajes se decanta por la mujer tradicional⁹⁵.

Pero a medida que avanza el siglo XX, se desarrolla en la sociedad española, cierta conciencia feminista que es la que, posiblemente, moverá a Palacio Valdés a proseguir la reflexión sobre el tema⁹⁶. Buena muestra de ello es el ensayo que incluye en 1911, en los *Papeles del Doctor Angélico* con el título de «El gobierno de las mujeres». En él aboga y defiende el derecho de éstas a desempeñar altos cargos en la vida política. Veinte años después, en 1931, año en que se discute el reconocimiento de los derechos políticos de las mujeres, el novelista asturiano publicaría *El gobierno de las mujeres. Ensayo histórico de la política femenina*, en el que ya no sólo de manera teórica, como en *Los Papeles del Doctor Angélico*, sino apelando a la experiencia, demuestra cómo una serie de mujeres a lo largo de la historia han dirigido con acierto el destino de su país. A pesar de ello, conociendo bien la obra y la personalidad de Palacio Valdés, nos inclinamos a pensar que se trata de un cambio teórico e ideológico, que cala poco en su mentalidad. Actitud, por otra parte, que fue la que mantuvieron los varones de la República, demócratas convencidos pero que tuvieron su límite en el reconocimiento real, no jurídico, de la igualdad entre hombres y mujeres.

He tratado de presentar, de manera muy sintética, la manera en que Palacio Valdés percibió algunas cuestiones de la vida española, las encarnó en sus novelas y se posicionó ante ellas, tratando de establecer la relación dialéctica entre la realidad histórica y la biografía del novelista.

que ésta no «cree a la mujer capaz de hacer las mismas cosas, ni de desempeñar las mismas funciones económicas, sociales, religiosas, etc., que el hombre». Hay una edición de O. Blanco publicada en 1994, por la editorial Cátedra en la colección Feminismos.

95 GÓMEZ-FERRER MORANT, G., «Mentalidad, vida cotidiana y literatura: los discursos sobre las mujeres», en *Hombres y mujeres...*, *op. cit.*, esèc. 98 ss.

96 Las maestras jugaron un papel decisivo en el desarrollo de una nueva identidad femenina.